

burocratizada o biógrafo de santos— fluye una única corriente común, más profunda que la temática y la adscripción a una corriente literaria: la constante voluntad de crear una prosa que fuera, como la define su *alter ego* Fradique Mendes: «[...] algo cristalino, aterciopelado, ondulante, marmóreo, que solo, por sí mismo, plásticamente, creara una absoluta belleza, y que, expresivamente, como palabra, lo pudiese traducir todo, desde los más fugaces tonos de luz hasta los más sutiles estados del alma»². Esta «religión de la forma», en terminología queirosiana, es lo más sobresaliente de su obra, lo que la levanta por encima de la media de los novelistas de su época y lo que hace que, más allá de la trama de su ficción, de las anécdotas del argumento, se pueda releer una y cien veces una página queirosiana encontrando en ella siempre algo nuevo. Como dijo Unamuno: [...] en Eça de Queirós hay muchas páginas, muchísimas, que tienen valor por sí. Se puede ojear al azar, por aquí y por allá, una novela de Eça de Queirós. Cada perla del collar tiene valor de por sí»³.

Para la creación de esta nueva prosa Eça contó fundamentalmente con dos maestros, Flaubert y Almeida Garret (1799-1854). La influencia de Flaubert fue inmediatamente percibida por los críticos, tanto por los favorables, que apoyaban la cosmopolitización de la literatura portuguesa, como por los desfavorables, que le acusaron de empobrecer y de afrancesar el léxico portugués. La influencia de Garrett pasó más desapercibida, pese a ser esencial y proceder de su misma tradición literaria y de su misma lengua. Almeida Garrett fue el verdadero renovador del portugués escrito, vio claramente el estancamiento provocado por el divorcio existente entre lengua escrita y lengua hablada y trató, especialmente en su obra más destacada, *Viajes por mi tierra*, de reducir esta distancia. Garrett tenía además, como el propio Eça, una visión dialéctica de la realidad, un antidogmatismo a la vez racional e instintivo. A ambos la vida se les ofrecía en una multitud de aspectos. Para captar esa realidad facetada y poliédrica era necesario encontrar unas fórmulas dúctiles, que permitieran aprehender el sentido fluyente de la existencia, fórmulas literarias que, como la adjetivación binaria y ternaria o el juego surgido de la yuxtaposición de un adjetivo objetivo y otro de sugerencias subjetivas, permitieran exponer los diversos ángulos de la percepción.

La estancia de Eça de Queirós en Cuba fue breve. En noviembre de 1874 fue destinado a Newcastle-on Tyne, donde estuvo hasta ser trasladado a

² *Eça de Queirós: La correspondencia de Fradique Mendes, [Trad. de Elena Losada. Prefacio de Carlos Reis] Barcelona, Destino, 1995, p. 119.*

³ *Unamuno, Miguel de: «El sarcasmo ibérico de Eça de Queirós», en Eça de Queiroz «In Memoriam» organizado por Eloy do Amaral y M. Cardoso Martha, Atlântida, Coimbra, 1947, p. 387.*

Bristol en 1878. En total Eça permaneció en Inglaterra catorce años, hasta su nombramiento como cónsul en París en 1888. Durante esos años se quejó amargamente en sus cartas, como suelen hacer los diplomáticos, del clima inglés y de su gastronomía, pero también profundizó en el conocimiento de la literatura inglesa, cuya vena irónica tan bien conectaba con su propio estilo. Esa influencia es muy notable en la ambientación «inglesa» de *Los Maia*.

Los años de Inglaterra son los de la etapa realista-naturalista y también los del progresivo abandono de esta corriente estética. A su regreso del viaje a Oriente, Eça se despide del romanticismo de *Prosas bárbaras* con *El misterio de la carretera de Sintra*, una parodia de los folletines rocamboleros escrita en colaboración con Ramalho Ortigão con quien colabora también en la serie de *Las banderillas*, crónicas satíricas sobre la vida de Lisboa en las que Eça aguza su estilete contra los aspectos más ridículos de la vida burguesa. En 1874 apareció en el *Diário de Notícias* el cuento *Rarezas de una muchacha rubia*, su primer ensayo de prosa ficcional realista. Decidido a predicar con el ejemplo las ideas de su conferencia escribe en sus años de Newcastle las dos primeras versiones de *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*. Las dos novelas son representativas del Eça de Queirós más estrictamente naturalista, al menos en su contenido temático. *El crimen del padre Amaro* es la aportación queirosiana al tópico realista del pecado carnal del sacerdote, desde la óptica anticlerical de crítica a la hipocresía de una Iglesia institucionalizada, y un análisis de las nefastas consecuencias de las vocaciones inducidas y del celibato sacerdotal impuesto. *El primo Basilio* es también la realización queirosiana de un tema epocal, el adulterio femenino en el seno del mundo burgués. Ambas novelas le proporcionaron fama –una fama muy rentable– de «escritor escandaloso». Con *El primo Basilio* se inició también la polémica sobre los «plagios» de Eça de Queirós. Efectivamente hay en la novela queirosiana claros ecos de *Madame Bovary*, pero lo mismo podría decirse de una decena de novelas europeas de su tiempo. Los argumentos usados por «Clarín» para defenderse de la misma acusación lanzada por Bonafoux valen también para Eça de Queirós.

Durante esta época Eça planea asimismo un ambicioso proyecto titulado «Escenas de la vida portuguesa» o «Escenas de la vida real» que no llegaría a ver la luz más que en la dudosa forma de las publicaciones póstumas refundidas por su hijo. Son *Alves & Cia.*, *El conde de Abranhos* y *La capital*, los textos publicados alrededor de 1925 envueltos en la polémica sobre la legitimidad de publicar obras que su propio autor había abandonado,